

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Un Santa Claus Secuestrado

Santa Claus vive en el Valle de la Risa, donde se alza el gran castillo en el que se fabrican sus juguetes. Sus obreros, seleccionados entre los rylys, knooks, pixies y hadas, viven con él, y todos están tan ocupados como se puede estar de un fin de año a otro.

Se llama el Valle de la Risa porque todo allí es feliz. El arroyo se ríe para sí mismo mientras salta entre sus verdes orillas; el viento silba alegremente entre los árboles; los rayos del sol bailan ligeros sobre la suave hierba, y las violetas y las flores silvestres miran sonrientes desde sus verdes nidos. Para reír hay que ser feliz; para ser feliz hay que estar contento. Y en todo el Valle de la Risa de Santa Claus reina la alegría.

A un lado está el poderoso Bosque de Burzee. Al otro lado se alza la enorme montaña que contiene las Cuevas de los Daimones. Y entre ambos, el Valle yace sonriente y pacífico.

Uno pensaría que nuestro buen Santa Claus, que dedica sus días a hacer felices a los niños, no tendría enemigos en toda la Tierra y, de hecho, durante mucho tiempo no encontró más que amor dondequiera que fuera.

Pero los Daimones que viven en las cuevas de las montañas llegaron a odiar mucho a Santa Claus, y todo por la sencilla razón de que hacía felices a los niños.

Las Cuevas de los Daimones son cinco. Un amplio camino conduce a la primera cueva, una caverna finamente arqueada al pie de la montaña, cuya entrada está bellamente tallada y decorada. En ella reside el Daimón del Egoísmo. Detrás de ésta hay otra caverna habitada por el Daimón de la Envidia. La cueva del Daimón del Odio es la siguiente en orden, y a través de ella se pasa al hogar del Daimón de la Malicia, situado en una cueva oscura y temible en el corazón mismo de la montaña. No sé qué hay más allá. Algunos dicen que hay trampas terribles que conducen a la muerte y la destrucción, y puede que sea cierto. Sin embargo, desde cada una de las cuatro cuevas mencionadas hay un pequeño y estrecho túnel que conduce a la quinta cueva, una pequeña y acogedora habitación ocupada por el Daimón del Arrepentimiento. Y como los suelos rocosos de estos pasadizos están desgastados por el paso de los pies, creo que muchos vagabundos de las Cuevas de los Daimones han escapado a través de los túneles a la morada del Daimón del Arrepentimiento, de quien se dice que es un tipo agradable que con gusto abre para uno una pequeña puerta que te admite de nuevo al aire fresco y a la luz del sol.

Pues bien, estos Daimones de las Cavernas, pensando que tenían grandes motivos para no gustar al viejo Santa Claus, celebraron un día una reunión para discutir el asunto.

—Me estoy sintiendo realmente solo —dijo el Daimón del Egoísmo—. Porque Santa Claus distribuye tantos bonitos regalos de Navidad a todos los niños que éstos se

vuelven felices y generosos, a través de su ejemplo, y se mantienen alejados de mi cueva.

—Yo tengo el mismo problema —replicó el Daimón de la Envidia—. Los pequeños parecen bastante contentos con Santa Claus, y son pocos, de hecho, a los que puedo engatusar para que se vuelvan envidiosos.

—¡Y eso me perjudica! —dijo el Daimón del Odio—.

Porque si ningún niño pasa por las Cuevas del Egoísmo y la Envidia, ninguno podrá llegar a MI caverna.

—O a la mía —añadió el Daimón de la Malicia.

—Por mi parte —dijo el Daimón del Arrepentimiento—, es fácil ver que si los niños no visitan sus cuevas no tienen necesidad de visitar las mías; de modo que estoy tan abandonado como ustedes.

—¡Y todo por culpa de esa persona a la que llaman Santa Claus! —exclamó el Daimón de la Envidia—.

Simplemente está arruinando nuestro negocio, y hay que hacer algo de inmediato.

En esto estuvieron todos de acuerdo; pero qué hacer era otro asunto más difícil de resolver. Sabían que Santa Claus trabajaba todo el año en su castillo del Valle de la Risa, preparando los regalos que iba a repartir en Nochebuena, y al principio decidieron tentarlo para que entrara en sus cuevas y conducirlo a las terribles trampas que terminaban en destrucción.

Así que, al día siguiente, mientras Santa Claus trabajaba afanosamente, rodeado de su pequeño grupo de ayudantes, el Daimón del Egoísmo se le acercó y le dijo:

—Estos juguetes son maravillosamente brillantes y bonitos. ¿Por qué no te los quedas para ti? Es una

lástima dárselos a niños ruidosos y niñas inquietas, que los rompen y destruyen tan rápidamente.

—¡Tonterías! —gritó el viejo canoso, con sus ojos brillantes centelleando alegremente mientras se volvía hacia el tentador Daimón—. Los niños y las niñas nunca son tan ruidosos e inquietos después de recibir mis regalos, y si puedo hacerlos felices por un día al año, me doy por satisfecho.

Así que el Daimón volvió con los otros, que lo esperaban en sus cuevas, y dijo:

—He fracasado, pues Santa Claus no es nada egoísta. Al día siguiente, el Daimón de la Envidia visitó a Santa Claus. Dijo:

—Las jugueterías están llenas de juguetes tan bonitos como los que estás haciendo. ¡Qué lástima que interfieran en tu negocio! Fabrican los juguetes con máquinas mucho más deprisa de lo que tú puedes hacerlos a mano; y los venden por dinero, mientras que a ti no te dan nada por tu trabajo.

Pero Santa Claus se negó a sentir envidia de las jugueterías.

—Yo sólo puedo abastecer a los pequeños una vez al año, en Nochebuena —respondió—, porque los niños son muchos y yo sólo uno. Y como mi trabajo es de amor y bondad, me avergonzaría recibir dinero por mis regalitos. Pero durante todo el año los niños deben divertirse de alguna manera, y por eso las jugueterías pueden dar mucha felicidad a mis amiguitos. Me gustan las jugueterías y me alegra verlas prosperar.

A pesar del segundo rechazo, el Daimón del Odio pensó que intentaría influir en Santa Claus. Así que al día siguiente entró en el ajetreado taller y dijo:

—¡Buenos días, Santa Claus! Tengo malas noticias para ti.

—Entonces huye, como un buen chico —respondió Santa Claus—. Las malas noticias son algo que debe mantenerse en secreto y no contarse nunca.

—Sin embargo, no podrás escapar —declaró el Daimón—; porque en el mundo hay un buen número de personas que no creen en Santa Claus, y estás obligado a odiarlas amargamente, ya que tanto te han agraviado.

—¡Tonterías y paparruchadas! —gritó Santa Claus.

—¡Y hay otros a quienes les molesta que hagas felices a los niños y que se mofan de ti y te llaman viejo tonto cascabelero! Tienes toda la razón al odiar a esos viles calumniadores, y deberías vengarte de ellos por sus odiosas palabras.

—¡Pero yo no los odio! —exclamó Santa Claus positivamente—. Esa gente no me hace ningún daño, sino que se hace infeliz a sí misma y a sus hijos. ¡Pobrecitos! Prefiero ayudarlos que hacerles daño.

En efecto, los demonios no podían tentar al viejo Santa Claus de ninguna manera. Por el contrario, él era lo bastante astuto como para darse cuenta de que su objetivo al visitarlo era hacer travesuras y causar problemas, y su risa alegre desconcertaba a los malvados y les mostraba la insensatez de semejante tarea. Así que abandonaron las palabras melosas y decidieron emplear la fuerza.

Era bien sabido que Santa Claus no podía sufrir ningún daño mientras estaba en el Valle de la Risa, pues las hadas, los ryls y los knooks lo protegían. Pero en Nochebuena sale con sus renos al gran mundo, llevando un trineo cargado de juguetes y bonitos regalos para los niños; y éste era el momento y la ocasión en que sus enemigos tenían más posibilidades de hacerle daño. Así que los Daimones prepararon sus planes y esperaron la llegada de la Nochebuena.

La luna brillaba grande y blanca en el cielo, y la nieve yacía crujiente y centelleante en el suelo mientras Santa Claus hacía sonar su látigo y se alejaba a toda velocidad del Valle hacia el gran mundo del más allá. El espacioso trineo iba repleto de enormes sacos de juguetes, y mientras los renos avanzaban a toda velocidad, nuestro alegre Santa Claus reía, silbaba y cantaba de alegría. En toda su alegre vida, éste era el día del año en que se sentía más feliz: el día en que entregaba amorosamente los tesoros de su taller a los niños.

Sabía muy bien que iba a ser una noche muy ajetreada. Mientras silbaba, gritaba y volvía a hacer sonar el látigo, repasaba en su mente todos los pueblos, ciudades y granjas donde lo esperaban, y calculaba que tenía suficientes regalos para hacer felices a todos los niños. Los renos sabían exactamente lo que se esperaba de ellos, y corrían tan deprisa que sus patas apenas parecían tocar el suelo cubierto de nieve.

De pronto ocurrió algo extraño: una cuerda atravesó la luz de la luna y el gran lazo que había en su extremo se

colocó sobre los brazos y el cuerpo de Santa Claus y se tensó. Antes de que pudiera resistirse o siquiera gritar, fue sacudido del asiento del trineo y cayó de cabeza sobre un banco de nieve, mientras los renos se apresuraban a seguir adelante con la carga de juguetes, llevándola rápidamente fuera de la vista y del oído. Tan sorprendente experiencia confundió por un momento al viejo Santa Claus, y cuando recobró el sentido se dio cuenta de que los malvados Daimones lo habían sacado del montón de nieve y lo habían atado fuertemente con muchas vueltas de la resistente cuerda. Luego, llevaron al Santa Claus secuestrado a su montaña, donde metieron al prisionero en una cueva secreta y lo encadenaron a la pared rocosa para que no pudiera escapar.

—¡Ja, ja! —rieron los Daimones, frotándose las manos con cruel regocijo—. ¿Qué harán ahora los niños? ¡Cómo llorarán y se enfadarán cuando descubran que no hay juguetes en sus calcetines ni regalos en sus árboles de Navidad! Y ¡cuántos castigos recibirán de sus padres, y cómo acudirán en tropel a nuestras Cuevas del Egoísmo, de la Envidia, del Odio y de la Malicia! Hemos hecho algo muy inteligente, nosotros, los Daimones de las Cavernas. Sucedió que aquella Nochebuena, el buen Santa Claus había llevado consigo en su trineo a Nuter el Ryl, a Peter el Knook, a Kilter el Pixie y a una pequeña hada llamada Wisk, sus cuatro ayudantes favoritos. Estos personajes le habían sido a menudo muy útiles para ayudarlo a distribuir sus regalos a los niños, y cuando su amo fue arrastrado tan repentinamente del trineo,

estaban todos cómodamente metidos debajo del asiento, donde el fuerte viento no podía alcanzarlos.

Los pequeños inmortales no supieron nada de la captura de Santa Claus hasta algún tiempo después de su desaparición. Pero al final echaron de menos su alegre voz, y como su amo siempre cantaba o silbaba en sus viajes, el silencio les advirtió de que algo iba mal.

La pequeña Wisk asomó la cabeza por debajo del asiento y vio que Santa Claus no estaba y que nadie dirigía el vuelo de los renos.

—¡Soo! —gritó, y los renos redujeron obedientemente la velocidad y se detuvieron.

Peter, Nuter y Kilter saltaron sobre el asiento y miraron hacia atrás por encima de la huella dejada por el trineo. Pero Santa Claus se había quedado kilómetros y kilómetros atrás.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Wisk ansiosamente, con toda la alegría y picardía desterradas de su carita por esta gran calamidad.

—Tenemos que volver enseguida y encontrar a nuestro amo —dijo Nuter, el Ryl, que pensaba y hablaba con mucha deliberación.

—¡No, no! —exclamó Peter, el Knoon, que, por muy enfadado y malhumorado que estuviera, siempre se podía contar con él en caso de emergencia—. Si nos



retrasamos o retrocedemos, no habrá tiempo de llevar los juguetes a los niños antes de la mañana, y eso apenaría a Santa Claus más que cualquier otra cosa. —Es seguro que algunas criaturas malvadas lo han capturado —añadió Kilter pensativo—, y su objetivo debe ser hacer infelices a los niños. Así que nuestro primer deber es distribuir los juguetes con tanto cuidado como si Santa Claus estuviera presente. Después podremos buscar a nuestro amo y conseguir fácilmente su libertad.

Les pareció un consejo tan bueno y sensato que los demás decidieron adoptarlo de inmediato. Peter, el Knook, llamó a los renos, y los fieles animales se lanzaron de nuevo hacia adelante y corrieron por colinas y valles, por bosques y llanuras, hasta llegar a las casas donde los niños dormían y soñaban con los bonitos regalos que encontrarían la mañana de Navidad.

Los pequeños inmortales se habían impuesto una tarea difícil, pues, aunque habían ayudado a Santa Claus en muchos de sus viajes, su amo siempre los había dirigido y guiado y les había dicho exactamente lo que deseaba que hicieran. Pero ahora tenían que distribuir los juguetes según su propio criterio, y no entendían a los niños tan bien como el viejo Santa Claus. Así que no es de extrañar que cometieran algunos errores ridículos. Mamie Brown, que quería una muñeca, recibió en cambio un tambor; y un tambor no le sirve de nada a una niña que adora las muñecas. Y Charlie Smith, a quien le encanta retozar y jugar al aire libre, y que quería unas botas de goma nuevas para mantener los pies secos,

recibió una caja de costura llena de lanas de colores, hilos y agujas, lo que lo indignó tanto que llamó irreflexivamente a nuestro querido Santa Claus un fraude.

Si hubiera habido muchos errores de este tipo, los Daimones habrían logrado su malvado propósito y habrían hecho infelices a los niños. Pero los amiguitos del ausente Santa Claus trabajaron fiel e inteligentemente para llevar a cabo las ideas de su amo, y cometieron menos errores de los que cabría esperar en circunstancias tan inusuales.

Y, aunque trabajaron con la mayor celeridad posible, el día había empezado a despuntar antes de que los juguetes y demás regalos estuvieran todos repartidos; de modo que, por primera vez en muchos años, los renos trotaron hacia el Valle de la Risa, a su regreso, a plena luz del día, con el sol brillante asomando por encima del límite del bosque para demostrar que llevaban mucho retraso con respecto a su horario acostumbrado.

Una vez metidos los renos en el establo, los pequeños empezaron a preguntarse cómo podrían rescatar a su amo; y se dieron cuenta de que debían descubrir, en primer lugar, qué le había ocurrido y dónde estaba.

Así que Wisk, el Hada, se transportó a la guarida de la Reina de las Hadas, que se encontraba en lo más profundo del Bosque de Burzee; y una vez allí, no tardó en averiguar todo sobre los traviesos Daimones y cómo habían secuestrado al bueno de Santa Claus para impedir que hiciera felices a los niños. La Reina de las Hadas también prometió su ayuda, y entonces,

fortalecida por este poderoso apoyo, Wisk voló de vuelta a donde la esperaban Nuter, Peter y Kilter, y los cuatro se reunieron y trazaron planes para rescatar a su amo de sus enemigos.

Es posible que Santa Claus no estuviera tan alegre como de costumbre durante la noche que siguió a su captura. Aunque confiaba en el juicio de sus amiguitos, no podía evitar cierta preocupación, y una mirada ansiosa se deslizaba a veces en sus bondadosos ojos de anciano al pensar en la decepción que podría esperarles a sus queridos niños. Y los Daimones, que lo custodiaban por turnos, uno tras otro, no dejaban de burlarse de él con palabras despectivas ante su indefenso estado.

Cuando amaneció el día de Navidad, el Daimón de la Malicia custodiaba al prisionero, y su lengua era más afilada que la de cualquiera de los otros.

—¡Los niños se están despertando, Santa Claus! —gritó—. ¡Se están despertando para encontrar sus calcetines vacíos! ¡Jo, jo! ¡Cómo van a pelear, a llorar y a dar pisotones de rabia! Nuestras cuevas estarán llenas hoy, viejo Santa Claus. Seguro que nuestras cuevas estarán bien llenas.

Pero a esto, como a otras burlas parecidas, Santa Claus no respondió nada. Estaba muy apenado por su captura, es cierto, pero su valor no lo abandonó. Al ver que el prisionero no respondía a sus burlas, el Daimón de la Malicia se marchó y envió al Daimón del Arrepentimiento a ocupar su lugar.

Este último personaje no era tan desagradable como los otros. Tenía rasgos amables y refinados, y su voz era de tono suave y agradable.

—Mis hermanos Daimones no confían mucho en mí —dijo al entrar en la caverna—, pero ya es de día y el daño está hecho. No podrás volver a visitar a los niños hasta dentro de un año.

—Eso es cierto —respondió Santa Claus, casi alegremente —; la Nochebuena ha pasado, y por primera vez en siglos no he visitado a mis niños.

—Los pequeños se sentirán muy decepcionados — murmuró el Daimón del Arrepentimiento, casi con pesar —; pero eso no puede evitarse ahora. Es probable que su dolor haga a los niños egoístas, envidiosos y odiosos, y si vienen hoy a las Cuevas de los Daimones tendré la oportunidad de llevar a algunos de ellos a mi Cueva del Arrepentimiento.

—¿Tú nunca te arrepientes? —preguntó Santa Claus, con curiosidad.

—Oh, claro que sí —respondió el Daimón—. Incluso ahora me arrepiento de haber contribuido a tu captura. Por supuesto que es demasiado tarde para remediar el mal que se ha hecho; pero el arrepentimiento, ya sabes, sólo puede venir después de un mal pensamiento o acto, porque al principio no hay nada de qué arrepentirse.

—Lo entiendo —dijo Santa Claus—. Los que evitan el mal no necesitan visitar nunca tu cueva.

—Por regla general, eso es cierto —replicó el Daimón—; sin embargo, tú, que no has hecho ningún mal, estás a punto de visitar mi cueva de inmediato; pues para

demostrar que lamento sinceramente haber participado en tu captura, voy a permitirte escapar.

Este discurso sorprendió mucho al prisionero, hasta que reflexionó que era justo lo que cabía esperar del Daimón del Arrepentimiento. Inmediatamente, el ser se ocupó de desatar los nudos que ataban a Santa Claus y de abrir las cadenas que lo sujetaban a la pared. Luego lo condujo a través de un largo túnel hasta que ambos emergieron en la Cueva del Arrepentimiento.

—Espero que me perdones —dijo el Daimón suplicante—.

En realidad, no soy una mala persona y creo que hago mucho bien en el mundo.

Con esto abrió una puerta trasera que dejó entrar un torrente de sol, y Santa Claus olfateó agradecido el aire fresco.

—No te guardo rencor —le dijo al Daimón con voz dulce—, y estoy seguro de que el mundo sería un lugar triste sin ti. Así que, ¡buenos días y feliz Navidad!

Con estas palabras salió a saludar a la brillante mañana, y un momento después estaba caminando, silbando suavemente para sí mismo, de camino a su casa en el Valle de la Risa.

Marchaba sobre la nieve hacia la montaña un vasto ejército, formado por las más curiosas criaturas imaginables. Había innumerables knooks del bosque, de aspecto tan áspero y torcido como las nudosas ramas de los árboles a los que servían. Y había delicados ryls de los campos, cada uno con el emblema de la flor o planta que custodiaba. Detrás de ellos había muchas filas de

pixies, gnomos y ninfas, y en la retaguardia flotaban mil hermosas hadas en magnífica formación.

Este maravilloso ejército estaba dirigido por Wisk, Peter, Nuter y Kilter, que lo habían reunido para rescatar a Santa Claus de su cautiverio y castigar a los Daimones que se habían atrevido a alejarlo de sus queridos niños. Y, aunque parecían tan brillantes y pacíficos, los pequeños inmortales estaban armados con poderes que serían muy terribles para aquellos que hubieran provocado su ira. ¡Ay de los Daimones de las Cavernas si este poderoso ejército de venganza salía a su encuentro! Pero he aquí que al encuentro de sus leales amigos apareció la imponente figura de Santa Claus, con su blanca barba flotando en la brisa y sus brillantes ojos chispeando de placer ante esta prueba del amor y la veneración que había inspirado en los corazones de las criaturas más poderosas que existen.

Y mientras ellos se agrupaban a su alrededor y bailaban de alegría por su regreso a salvo, él les agradeció sinceramente su apoyo. Pero a Wisk, a Nuter, a Peter y a Kilter los abrazó afectuosamente.

—Es inútil perseguir a los Daimones —dijo Santa Claus al ejército—. Tienen su lugar en el mundo, y nunca podrán ser destruidos. Pero es una gran lástima.

Así pues, las hadas, los knooks, los pixies y los ryls escoltaron al buen hombre hasta su castillo, y allí lo dejaron para que comentara los acontecimientos de la noche con sus pequeños ayudantes.

Wisk ya se había hecho invisible y había volado por el gran mundo para ver cómo les iba a los niños en esta

luminosa mañana de Navidad; y cuando regresó, Peter ya había terminado de contarle a Santa Claus cómo habían repartido los juguetes.

—Lo hemos hecho muy bien —exclamó el hada con voz complacida—; pues esta mañana he encontrado muy poca desdicha entre los niños. Aun así, no debes dejarte capturar de nuevo, mi querido amo; porque podríamos no ser tan afortunados en otra ocasión al llevar a cabo tus ideas.

Entonces relató los errores que se habían cometido, y que no había descubierto hasta su gira de inspección. Y Santa Claus le envió de inmediato unas botas de goma para Charlie Smith y una muñeca para Mamie Brown, de modo que incluso aquellos dos decepcionados se alegraron.

En cuanto a los malvados Daimones de las Cavernas, se llenaron de ira y disgusto al comprobar que su astuta captura de Santa Claus había sido en vano. De hecho, aquel día de Navidad nadie parecía ser egoísta, envidioso u odioso. Y, dándose cuenta de que mientras el santo de los niños tuviera tantos amigos poderosos era una locura oponerse a él, los Daimones nunca más intentaron interferir en sus viajes en Nochebuena.